La novela en la América Hispana, A. TORRES-RIOSECO. University of California Publications in Modern Philology, v. 21, No. 2, U. of C. Press.—Berkeley, Calif., 1939. pp. 159-256.

Con la intuición de un poeta, el señor Torres-Rioseco criticó hace poco a los poetas líricos de México. Ahora, con la penetración de un crítico, nos da el resultado de cuatro años dedicados al estudio de la novela en la América Hispana, inclusive el año que pasó en Chile como becado de la Fundación Guggenheim. Esta es la primera parte de una trilogía de la cual la segunda es una *Antología* publicada el año pasado, y la tercera, que aparecerá pronto, es un ensayo detallado sobre una docena de los novelistas principales del mundo hispanoamericano.

El autor comienza por afirmar que la novela del período colonial no contiene nada de americano, excepto el hecho de haberse escrito en América. Después de la Independencia, continuó el dominio de la influencia española, debido a un remanente cultural que subsiste todavía. Europa, empero, ha abandonado las formas democráticas, y la América continúa sin cambios. En verdad, como lo sugiere Torres-Rioseco, el mantenimiento de las formas republicanas puede convertirse en una contribución de América al pensamiento político y sociológico del mundo.

El americanismo nació con el romanticismo. Como en su *Antología*, el autor se aparta de la tradición al declarar que Heredia fué el primer romántico, y que Echeverría vino un poco más tarde. Esto es quizá una cuestión de definición. Aun algunos de los escritores coloniales de Chile dan señales de romanticismo, en tanto que el realismo se nota ya en *Matadero* de Echeverría, y paralelamente a la languidez romántica de *Cumandá*, apareció el *Facundo*, tan diferente, siendo los dos arquetipos de americanismo. Se necesitó, pues, algo más que el romanticismo para dar origen a la novela americana.

Un factor importante en el desarrollo de la prosa de los escritores modernos, como lo apunta justamente el autor, fué el lenguaje hablado. El señala algunas formas populares que, incidentalmente, impidieron que muchos escritos de mérito se convirtiesen en obras clásicas en toda la América del Sur. Como ejemplos de estas formas regionalistas, tenemos el argentinismo *vos*, el cambio del lugar del acento en el chilenismo *sabís*, y los "gringoísmos" y las palabras peculiares del Paraguay, de Bolivia, de Colombia, de México y de otras regiones. Los tropiezos que implica el uso de regionalismos para los lectores no familiarizados con ellos, son cosa fácil de imaginar. El autor dejó de hacer notar otro inconveniente en el fácil desarro-

llo de la novela hispanoamericana: la dificultad de distribuir los libros. Sin embargo, esta es una discusión literaria más bien que económica.

La introducción termina haciendo una síntesis del tema hispanoamericano en la novela, esto es, del que ofrece en la América Hispana la lucha entre la civilización y la barbarie.

Habiendo declarado que no existe la novela colonial hispanoamericana, el señor Torres-Rioseco dedica la primera parte de este volumen a una discusión del por qué no pudo desarrollarse entonces como sí se desarrollaron la épica y el drama.

Más que el edicto de 1531, lo que impidió ese desarrollo fué el veto moral que se impuso a todos los libros que no fuesen de índole religiosa. Además, los letrados de la sociedad colonial vivieron una vida demasiado intensa y compleja, para dar otra cosa más que productos espasmódicos. Y si en tal situación se pueden escribir poemas, como lo probó Ercilla, no así novelas. El resultado fué el incremento de la producción de formas literarias "nobles", la historia y la poesía.

El autor considera las varias obras que aspiran a titularse "primeras" en la novela hispanoamericana, y le da la palma al *Periquillo Sarniento*, cuyo autor es considerado como el primer romántico del Nuevo Mundo, gracias a sus *Noches tristes*.

La prueba de que el patriotismo no ha opacado el juicio crítico de Torres-Rioseco se funda en la inclusión de Blest Gana en esta primera parte de su estudio. Los escritores chilenos ponen a este autor en el primer lugar, pero Torres-Rioseco, chileno también, como ellos, declara: "su fantasía es de corto vuelo, su gusto literario de dudosa pureza, su estilo desaliñado, incorrecto, horro de gracia". Además, no le concede un alto rango como fuente de información para el estudio de la historia, la sociología y las costumbres de Chile.

Viene ahora una discusión sobre los imitadores americanos de Pereda y de Galdós, especialmente en México, cuya novela revolucionaria el autor llama mero desenvolvimiento natural de la prosa realista. En otra sección discute a Azuela y a otros novelistas para quienes la revolución mexicana se convirtió en motivo estético. El ve la influencia de Galdós en Orrego Luco, de Chile, y en Ocantos, padre de la novela argentina, pero admite que los novelistas contemporáneos se aficianan más al estudio de Proust, Gide y Romaines menos cuando se escribe la novela criolla para la cual no son ellos fuente de inspiración porque los problemas agrícolas sudamericanos, de tanta importancia en una cultura rural, no tienen semejanza alguna con los de Francia. Las pocas páginas que Torres-Rioseco le dedica al estudio

de las relaciones entre la geografía y la novela criolla bien podrían desarrollarse en una tesis doctoral.

Se da aquí una explicación interesante de la falta, en Chile, de novelas campesinas de auténtico valor: allí, más que en ninguna otra parte, existe un abismo entre el patrón y el peón. Los escritores, que pertenecen a las altas clases sociales, desconocen la psicología de la población rural. Torres-Rioseco hace un comentario sorprendente sobre Mariano Latorre, cuya obra *Hombres y zorros* le ganó el premio "Atenea" de 1937 concedido al mejor libro del año. "En la riqueza del detalle" —dice— "naufraga a veces su fantasía". Señala a Pereda como el inspirador de Latorre, y lo acusa por tratar de escribir en el siglo XX cuentos "de técnica del siglo pasado".

En una de las secciones más sugestivas de su estudio, Torres-Rioseco hace uso del escalpelo para señalar las faltas técnicas de la novela ecuatoriana contemporánea, cuyos autores han logrado éxitos sorprendentes a pesar de dichas faltas.

Ocupando más espacio, y hecho un comentario compendiado de los novelistas menores, viene luego la sección de novelas mexicanas. Como la obra fué terminada en 1937, Torres-Rioseco no tuvo la oportunidad de comentar a Taracena, ni *La vida inútil de Pito Pérez*, de Romero. Tal vez tendrá la oportunidad de hacerlo en la siguiente sección, en la cual Venezuela habrá de figurar de modo más notable, ya que en la aquí reseñada se discute con suma brevedad.

El estudio presente está dedicado de preferencia a los novelistas menores. El estudio sobre los doce "ases" que ocuparán la tercera parte, le ofrecerá sin duda al lector la oportunidad de conocer el análisis concentrado de los factores formativos de sus obras, y su inherente psicología. Torres-Rioseco promete darnos cuenta menor de las superficies... Aún así, y aunque en la valorización de lo que ya sus lectores conocemos nos sentimos a veces movidos a disentir de ciertos conceptos suyos, él ha hecho una obra completa. Es probablemente el mejor estudio publicado hasta ahora sobre la novela hispanoamericana, y con la futura aparición de la tercera parte Torres-Rioseco habrá hecho una contribución muy importante al conocimiento de nuestros vecinos del Sur.

WILLIS KNAPP JONES,
Universidad de Miami,
Oxford, Ohio.